# Conversaciones Agroecológicas

**Conversaciones Agroecológicas**

*Voces contra un sistema agroalimentario mundial que está devorando el planeta*

Miguel Ángel Monteagudo Monteagudo

**Editado por:**

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 9788418031410
Depósito legal: SE-1742-2019

**Maquetación, diseño y producción**

© 2019 Miguel Ángel Monteagudo Monteagudo
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

# Conversaciones Agroecológicas

## Voces contra un sistema agroalimentario mundial que está devorando el planeta

Miguel Ángel Monteagudo Monteagudo

El autor agradece a Javier Guzmán, Laura Villadiego, Marisol Garrido, Mariano Bueno, Juan Felipe Carrasco, Gustavo Duch, Ana Marcén, Laura Gordo, Carlos Soler y Aitziber Chueca, por su tiempo y su colaboración cuando se realizaron las entrevistas radiofónicas publicadas en el blog www.agroecológicas.com del mismo autor.

Asimismo, agradecemos a Ana Abellanas las ilustraciones donadas para este libro, a Luz María Ibáñez por su tiempo y dedicación con las revisiones de los textos, y a Josep Ibáñez por sus consejos, aportaciones y el apoyo recibido.

*Para Ana, África y Abril,*
*por su paciencia y apoyo infinito.*

# PRÓLOGO

En el año 2012, el azar me llevó a impartir clases en el Ciclo de Producción Agroecológica de un instituto de la provincia de Castellón. Como es bien sabido que los que nos dedicamos a estos oficios no somos expertos en todas las materias (en mi caso, mis preferencias miran hacia el paisajismo), en esta ocasión tuve que enfrentarme a la ganadería ecológica. Durante todo un curso, tuve que ponerme al día y entregarme a mis deberes. El resultado fue satisfactorio para todos: para los estudiantes y para mí. Entre otras cosas, realizamos un documental sobre la ganadería ecológica en la Comunidad Valenciana, un trabajo rudimentario y sencillo, debido a la falta de formación y medios en el campo audiovisual, pero lleno de amor y de pasión.

Pero lo más importante de aquel curso no fue solo el buen recuerdo y las experiencias vividas, sino que supuso un punto de inflexión en aspectos personales como la alimentación y la toma de contacto con temas tan actuales como la producción agroecológica.

Una consecuencia directa de aquella experiencia fue la decisión de estudiar cocina macrobiótica, lo cual supuso otra aportación a mi desarrollo personal y vital. A día de hoy, es algo que está presente en mi vida, pero no supone un dogma de fe. Podría extenderme mucho sobre algunas cuestiones controvertidas de este campo, pero nos desviaríamos del tema que nos ocupa.

Una vez desvinculado del centro donde impartí clases de Producción Agroecológica, porque a los docentes a veces nos

toca ir saltando de rama en rama, muy a nuestro pesar, mi actividad siguió, de alguna manera, ligada a este sector.

Decidí entonces seguir indagando en la realidad de la agroecología (de forma paralela a mi actividad profesional como docente) creando una página web de carácter divulgativo, donde realizaría un programa de entrevistas a personas y colectivos vinculados al mundo de la soberanía alimentaria, la alimentación y la agricultura ecológica. La web www.agroecologicas.com todavía existe, aunque por las dificultades que supone la conciliación familiar con el trabajo profesional, hace tiempo que no publico ningún contenido. Una familia con dos hijas y un trabajo deja poco tiempo libre para proyectos personales, y hay que priorizar.

En aquel espacio de tiempo de casi tres años, fui capaz de realizar más de 50 entrevistas en las que tuve el placer de conversar con expertos en diferentes materias: productores agrícolas, asociaciones, grupos de consumo y un sinfín de personas que, a través de sus historias, me aportaron una visión muy variada sobre estos temas, una realidad a pie de calle repleta de aspectos importantes que no vienen en los manuales de agricultura o de alimentación.

Las entrevistas están llenas de ciencia y conocimiento, pero también de humanidad, de política, de rebeldía, de historia y de tradición.

En la actualidad, la ecología en todas sus vertientes ocupa un lugar importante en mi vida, desde la alimentación hasta las aplicaciones técnicas en mi carrera profesional como docente de jardinería y paisajismo.

Pero aquel camino iniciado de forma casual no se acabaría con mis proyectos personales vinculados a la difusión de temas relacionados con la agricultura ecológica y la investigación en la cocina a través de la macrobiótica; por el contrario, me sumergí en el apasionante mundo del desarrollo psicosocial humano. Decidí entonces formarme en Ecología de Sistemas Humanos en la Escuela Española de Terapia Reichiana, cuya sede está precisamente en la ciudad en la que resido: Valencia.

Sus aportaciones a mi vida personal como padre de dos criaturas y profesor que trabaja con adolescentes han sido enormes. En la base de este nuevo paradigma en la prevención de la salud humana, están la "ecología profunda", de Frank Capra; "la teoría de la complejidad", de Edgar Morin; "la teoría de sistemas", de Ludwig von Bertalanffy y, cómo no, todo el trabajo desarrollado por Wilhelm Reich durante más de 30 años de investigaciones en campos como la orgonomía, la sexualidad, la política o la ecología.

Fruto de este periodo de análisis personal y profesional en el que me encuentro inmerso todavía, me surge la necesidad de crear un trabajo en formato escrito para compartir una pequeña parte de este proceso.

En las páginas siguientes, se encuentra una selección y adaptación de algunas de las entrevistas que realicé para mi blog **www.agroecológicas.com** sobre producción agroecológica, soberanía alimentaria, consumo responsable y alimentación.

Son 10 entrevistas seleccionadas en base a sus aportaciones científicas y humanas. En la coyuntura actual en la que el estado de emergencia climática, la desigualdad y la injusticia

social requieren la necesidad de un cambio de paradigma, lo que se pretende con estas "conversaciones agroecológicas" es analizar algunos de los problemas actuales y sus posibles soluciones en relación con el sistema agroalimentario mundial.

*Miguel Ángel Monteagudo Monteagudo*

# INTRODUCCIÓN

*Esta civilización no deja dormir a las flores, ni a las gallinas, ni a la gente. En los invernaderos, las flores están sometidas a luz continua, para que crezcan más rápido. En las fábricas de huevos, las gallinas también tienen prohibida la noche. Y la gente está condenada al insomnio, por la ansiedad de comprar y la angustia de pagar.*

Eduardo Galeano

Reunión familiar alrededor de una mesa repleta de majares: asado con patatas, ensalada, panecillos con jamón y queso, chorizos y fiambres, frutos secos, buen vino, tarta de la abuela de chocolate con galletas, natillas caseras, café, copa y puro.

Al acabar el festín, nos hemos comido más 10 000 km de viajes en barco, avión, tren y camión. Además, estos simples platos tradicionales suman, a buen seguro, más de 100 ingredientes.

Alrededor de la mesa, el debate se centra en la política actual, la ola de calor, el último partido de fútbol o la serie más vista de Netflix.

Nos estamos comiendo el planeta y rehuimos la mirada hacia horizontes banales. Por debajo de la realidad, subyace un mundo que se muere de hambre, tierras que arden para alimentar el ganado que acabamos de engullir, selvas deforestadas para aderezar las galletas de la tarta de la abuela y pescadores moribundos que cocinan las raspas sobrantes de la perca que acabamos de darle a los más pequeños de la casa, porque al menos 2 veces por semana toca pescado.

—¿Dejamos de comer? —pregunta la tía, incrédula ante tanta tragedia ajena. Las risas enmudecen y la conversación se pone tensa. —¿Y entonces qué hacemos? Es lo que nos ha tocado vivir. Encima diréis que todo es malo y produce cáncer. Pues de algo hay que morir.

Pues sí, el problema es que algunos ya están muriendo, pero no por exceso de banquetes, sino por exceso de hambre.

El abuelo, con 94 años y la mirada perdida en el horizonte, intenta apaciguar los ánimos con alguna historia del pueblo donde se criaron. Se acuerda de las caminatas, casi entrada la noche, junto al carro repleto de trigo. De las horas al sol trillando. De los viajes al molino para obtener la harina que luego cambiaban en el horno por unas barras de pan, pero no sin dejar una parte como pago por los servicios prestados. Y de los huevos de las gallinas que picoteaban en las heces después de defecar por la mañana temprano antes de partir hacia la huerta para regar los pimientos, los tomates y las calabazas.

—Eso son cosas de antes —dice el más pequeño de la casa mientras devora unas *cupcakes* de chocolate con receta tradicional del supermercado de la esquina.

El hijo mayor se emociona y evoca algunas aventuras de cuando la cuadrilla robaba melones en el huerto del tío Procopio; otras tardes, visitaban los albaricoqueros del Vallejete, y algunos se atrevían incluso con las gallinas de Mauricio. Su hermana se une a la recreación rememorando sus desdichas cuando pasaba largas tardes en el lavadero junto a la rambla

frotando decenas de sábanas hasta que se le deshacían los nudillos. Eso sí, el jabón era ecológico: estaba fabricado con sosa cáustica y tocino del cerdo que mataban por Navidad.

Tras largas horas de anécdotas e historietas, la familia entera se pone de acuerdo para extraer conclusiones: antes teníamos menos, pero se vivía mejor.

Podemos compartir más o menos su veredicto, pero creo que nadie les discutirá que muchas de las cosas de aquella época de "hambre y miseria" eran, al menos, más auténticas. Las zanahorias tenían sabor y olor, el tocino rechinaba en la sartén, el pan duraba una semana, y el campo albergaba flores y bichos. La vida transcurría lenta. El invierno era frío; y la primavera, lluviosa. ¿Y ahora qué?

Pues ya lo ves. Todo está recogido en un rectángulo de plástico y vidrio: tu primer beso, el viaje a las islas Feroe, la comida de primos de Navidad, la primera palabra de tu hijo, tu currículum, tus quejas, tus pataletas y hasta tu muerte.

Lo que estás leyendo ha sido escrito en un ordenador personal fabricado con coltán proveniente de algún país africano masacrado por guerras y sumido en un caos absoluto.

La ropa que llevas puesta probablemente está manchada de sangre de los niños asiáticos que viven en régimen de semiesclavitud, en lugar de asistir a la escuela.

Cada vez que respiras, comes, te mueves, piensas, lo compartes en las redes sociales, duermes y vuelves a empezar, alguien puede sufrir por tus acciones.

En realidad, no me siento con derecho ni autoridad para hablar en estos términos. Pero no por ello dejan de ocurrir cada día y a cada momento estos hechos.

Eso es lo que nos pasa, que nos creemos con autoridad para dar lecciones de ecología y de ética a los que nos rodean, sin pensar que nosotros también somos parte del problema. O por el contrario: nos sentimos atacados como un animal herido en cuanto se esboza un análisis serio de la realidad. Lo cierto es que me angustia pensar que mi ausencia, mi ignorancia, o mi indiferencia, matan. Prefiero enredarme en la maraña virtual que me bombardea hasta reducirme a cenizas.

El contacto con la naturaleza y con nosotros mismos está bloqueado por una coraza que nos mantiene prisioneros y aislados. Por un momento, pensamos que la ecología era el arte de administrar los recursos y la naturaleza en beneficio nuestro, pero de forma sostenible, claro, y como si el planeta fuera infinito. Por suerte, algunos pensadores, como el filósofo noruego Arne Naess, con su "ecología profunda", nos mostraron un camino distinto. Otro de nuestros tiempos continúa trabajando para un cambio de paradigma. Para el doctor en Física Teórica Fritjof Capra, *"la ecología profunda no separa a los humanos —ni a ninguna otra cosa—del entorno natural. Ve el mundo, no como una colección de objetos aislados, sino como una red de fenómenos fundamentalmente interconectados e interdependientes. La ecología profunda reconoce el valor intrínseco de todos los seres vivos y ve a los humanos como una mera hebra de la trama de la vida"* (Capra, F. 1996, p. 12). Esa es la clave de nuestra existencia en el planeta, "la trama de la vida". Capra (1999) afirmaba que "*para*

*recuperar nuestra plena humanidad debemos reconquistar nuestra experiencia de conexión con la trama entera de la vida*".

En otra parte del planeta y en un contexto menos científico, la sabiduría popular ya apuntaba en esta dirección. El célebre discurso atribuido al Jefe Seattle de las tribus Suquamish Duwamish decía así:

*"Esto es lo que sabemos: la tierra no pertenece al hombre, es el hombre el que pertenece a la tierra.*

*Esto es lo que sabemos: todas las cosas están ligadas como la sangre que une a una familia.*

*El sufrimiento de la tierra se convertirá en sufrimiento para los hijos de la tierra.*

*El hombre no ha tejido la red que es la vida, solo es un hilo más de la trama. Lo que hace con la trama se lo está haciendo a sí mismo".* (Gran Jefe Seattle, 1854)

Sin embargo, la sociedad actual, a veces narcisista, a veces masoquista, y otras con un sadismo descomunal, fundamenta nuestras relaciones en el poder, en la opresión y en la dominación, alejándose de las pulsiones vitales del animal humano. Ponemos a nuestros pies al planeta tierra para nuestro uso y disfrute, aniquilamos especies, arrasamos selvas y bosques, contaminamos océanos con millones de toneladas de plástico y envenenamos la tierra con pesticidas. Además, ni siquiera esta destrucción está al servicio de toda la población mundial.

Según UNICEF, más de 800 millones de personas pasan hambre cada día; sin embargo, la tasa de obesidad se ha triplicado desde 1975, alcanzando la cifra de más de 300 millones en la actualidad. Al mismo tiempo, no por casualidad, esta enfermedad silenciosa afecta a las clases más desfavorecidas de la sociedad: a menor poder adquisitivo, peor alimentación. Esta verdadera pandemia es casi exclusiva de los países occidentales, que precisamente son los mayores causantes del cambio climático. Es poco conocido por la sociedad en general que el sistema agroalimentario mundial, dominado por los países ricos, es uno de los mayores causantes de gases del efecto invernadero y del calentamiento global. La distribución de la riqueza del planeta es desigual y se sostiene en unas relaciones de poder donde los pueblos ricos en recursos naturales son los perdedores, así como en las agresiones constantes a la naturaleza: los daños colaterales de esta silenciosa guerra. Ante este panorama actual, me viene a la memoria un bonito grafiti que adorna la pared de una gran ciudad española: *"Revolución o extinción"*.

Debemos recuperar el contacto con la naturaleza y con nosotros mismos para poder salvarnos de la barbarie en la que nos hemos instalado inconscientemente. El ser humano que pobló la tierra y evolucionó durante miles de años gracias a la cooperación y el apoyo mutuo, como bien apuntaba el etnólogo Piotr Kropotkin (1902), en oposición al darwinismo, está más alejado que nunca de sus orígenes y, por tanto, menos capacitado para recuperar su esencia animal (el término aquí no hace referencia a la acepción negativa que suele utilizarse alu-

diendo a lo salvaje o supuestamente violento). Kropotkin postulaba que "*las especies no se mantenían por la competitividad, sino que el principio de la vida las regulaba, es decir, a través de la colaboración y de la cooperación*". El ser humano no debería ser una excepción, aunque la realidad actual nos impida recordarlo.

Dicha línea de trabajo sigue en vigor en la actualidad gracias al trabajo de algunos científicos, como los biólogos Humberto Maturana y Máximo Sandín. Maturana (1996) afirma, en consonancia con lo mencionado anteriormente, que "*en la naturaleza no hay competencias, por mucho que lo afirmen quienes han malentendido a Darwin. La competencia no es un fenómeno biológico primario. Es un fenómeno cultural*".

Navegando hacia lo más profundo del ser humano, debemos mencionar, en el mismo sentido, el amplio trabajo que desarrolló W. Reich, cuyas aportaciones han sido fundamentales en diferentes campos, incluso en la ecología y en la política. Él afirmaba lo siguiente sobre el hombre:

*Los animales, en tanto distintos del hombre, no son como máquinas, no son sádicos; sus sociedades, dentro de la misma especie, son incomparablemente más pacíficas que las del hombre. La pregunta básica es entonces: ¿qué ha hecho al animal, al hombre, degenerar de esta manera?* (Reich, W. 1943, p. 22)

Y continuaba:

*La vida del hombre está dividida en dos: una vida de acuerdo a las leyes biológicas (alimentación, contacto con la naturaleza y gratificación sexual) y una vida de acuerdo con su civilización mecanizada (ideas mecanicistas sobre su propia naturaleza, su posición de amo en el reino animal, sus distinciones de clase y raza, sus ideas de posesión, la ciencia, la religión, etc.). Ser un animal y no querer ser un animal; base biológica y desarrollo técnico son dos polos entre los que su ser y su pensamiento están escindidos.* (Reich, W. 1943, p. 22).

Aún más contundente es su afirmación de que "*el único animal que ha perdido su capacidad de funcionar es el ser humano*". Lo peor de todo es que este proceso ha sido relativamente rápido y silencioso. De hecho, nos cuesta reparar en ello, pero las consecuencias son devastadoras, no solo para nosotros como especie, sino también para el planeta tierra y sus demás habitantes. En menos de 200 años, hemos conseguido poner contra las cuerdas a cientos de especies animales. En menos de 100 años, hemos consumido más de la mitad de los recursos fósiles enterrados en el subsuelo, devolviéndolos a la atmósfera en forma de $CO_2$ y otros gases responsables del cambio climático. En menos de 20 años, hemos conseguido dejar de mirarnos a los ojos y sentirnos, dando paso a las relaciones virtuales, sin cuerpo, sin olor, sin calor y sin contacto.

Cuesta imaginar cuál será nuestro final como especie: si nos extinguiremos como los dinosaurios, si sobreviviremos como un virus infectando todo el planeta o si, por el contrario, conseguiremos recuperar nuestra capacidad de amar, de contacto, y de sentirnos parte de esa trama de la vida de la que habla Capra.

Por suerte y para agarrarnos a un halo de esperanza, debemos recordar que no son pocas las personas que trabajan en esta dirección. Los cambios deben venir tanto en lo personal como en lo social. Podemos encontrar profesionales de la salud que, por medio de la prevención en temas de crianza y desarrollo infantil, trabajan para mejorar la capacidad de contacto del ser humano, como, por ejemplo, el grupo liderado por la Escuela Española de Terapia Reichiana y la "Ecología de Sistemas Humanos" (Xavier Serrano). Conocemos cientos de grupos ecologistas locales o de ámbito global que trabajan en el sector político y social para presionar a los gobiernos en sus políticas medioambientales, como Ecologistas en Acción, o la gigantesca Greenpeace. Investigadores de diversos campos que apuestan por otro modelo de producción como el chileno Miguel Altieri, el francés Gilles—Éric Séralini y los españoles María Dolores Raigón y Mariano Bueno. Organizaciones que apoyan y promueven proyectos de soberanía alimentaria como CERAI. Incluso las pequeñas iniciativas ciudadanas, como grupos de consumo de productos ecológicos y de proximidad, empresas en las que, además del beneficio, todavía hay un lugar para la ética y la función social, políticos decentes que apuestan por el mundo rural y el campesinado. Todos estos, los que se nos olvidan y, por supuesto, cada uno de nosotros y nosotras podemos contribuir a salvarnos como animal humano digno de seguir perteneciendo a esta urdimbre que es nuestro planeta tierra. No somos la mayoría, y los cambios siempre son lentos, pero debemos seguir sembrando semillas que florezcan en un futuro mejor.